

rendimiento nutritivo y fácil digestión, necesitan reintegrarle el agua perdida, exactamente igual que hacemos los humanos con todos los alimentos conservados por desecación.

De esto se deduce la imperiosa necesidad para las abejas de proveerse de agua, y el verlas de continuo bebiendo afanosas en los arroyos o charcos inmediatos al colmenar, y si se medita bien lo dicho se comprenderá tiene una importancia capital este detalle de poder encontrar fácilmente agua las abejas para el rendimiento de la colmena.

Los antiguos colmeneros, en sus conocimientos, los más de ellos acertados, pero confusos y mezclados de crasos errores, concedían gran importancia a esta previsión de agua y creían eran los zánganos los encargados de acarrearla, hasta el punto de llamarlos, en no pocas comarcas, aguadores. Esto es un completo error: los zánganos no hacen ni ese servicio a sus hermanas. Pero implícitamente lleva a cometer otro de muy fatales consecuencias, y es el de creer que tan sólo en las épocas de calor, cuando viven los zánganos, tienen necesidad de agua las abejas para su nutrición.

Forzoso es, aun incurriendo en pesades, dejar enteramente claro este concepto y rogar a los lectores no lo olviden.

El alimento de sostenimiento básico para las abejas es el néctar o miel, elemento idéntico, salvo el grado de concentración y transformación de sus azúcares, como repetidamente hemos dicho en estas páginas.

Durante la invernada las rodea una atmósfera tibia y humedad suficiente a sostener el buen funcionamiento de sus glándulas salivares, y esta secreción les basta para diluir la poca miel consumida en su alimentación. Llega el nuevo período de cría, el consumo de la reserva miel aumenta progresivamente y parejo el de agua que, de momento, encuentran fácilmente en las gotas

de rocío, pero téngase muy en cuenta que jamás la almacenan, tan sólo la llevan en su buche, la transfieren lengua a lengua a alguna hermana e inmediatamente la utilizan para repartir los correspondientes biberones a las larvas en cría.

Si el sol, de día en día más luminoso y temprano, agota en las primeras horas esta fuente natural de aprovisionamiento, y si no existe un arroyo o manantial muy cercano ni son aún apreciables las aportaciones de nuevo néctar, carecerán las nodrizas de alimento para nutrir gran número de larvas y restringirán la cría, aun disponiendo de varios kilos de miel en los panales y del polen complementario.

Los años de sequía padecidos han puesto bien de manifiesto, hasta para los colmeneros menos observadores, un sensible retraso en el desarrollo primaveral de las poblaciones. Al llegar la mielada, las flores fueron más escasas y menos ricas en néctar, pero también faltaron pecoreadoras suficientes para recolectar la cosecha.

La Asociación de Apicultores Ingleses acaba de realizar un metódico ensayo encaminado a dilucidar de modo definitivo si es o no útil la alimentación estimulante de primavera, tan asidua y generalmente practicada en Norteamérica.

La doctora Eva Crane ha dado las normas detalladísimas para esta experiencia, realizada de modo igual y simultáneo en muchos colmenares situados en distintas regiones de flora y clima muy desemejante. Se procedió apareando colmenas idénticas en cuanto a material, fuerza de población, panales de reserva, edad y raza de las reinas. El apareamiento se hizo en febrero de 1948, con un total de 131 parejas en 86 colmenares. Se siguió método idéntico al empleado por Butler en 1945-46 en estudio similar con el propio fin practicado en más reducida escala. Una de las colmenas de cada